

Masculinidad fallida en Temporada de huracanes de Fernanda Melchor: Munra, el negativo de un patriarca

Héctor Justino Hernández

1. Un acercamiento a la obra de Fernanda Melchor

Fernanda Melchor es una autora veracruzana nacida en 1982, que ha publicado hasta ahora cuatro libros: *Aquí no es Miami* (2013), *Falsa liebre* (2013), *Temporada de huracanes* (2017) y *Páradais* (2021). El primero de ellos es una compilación de crónicas y los últimos tres, novelas. Con sus textos, la autora ha demostrado su preocupación por mostrar un Veracruz que reconoce como un espacio salvaje, lleno de ímpetu y movimiento. La exploración que hace de sus personajes varones implica un conocimiento de las motivaciones y los deseos del género masculino, sobre todo cuando este se presenta en situaciones de marginación y periferia. Enterada de su contexto específico, y no ajena a las corrientes literarias que permean la actualidad mexicana, recupera los escenarios del puerto mexicano y las regiones aledañas para brindar una visión nueva de la violencia que aumentó a mediados de la primera década del 2000 y continúa hasta la actualidad.

En *Temporada de huracanes*, su libro con mayor éxito hasta el momento, los personajes masculinos aparecen bajo características que los alejan del centro dominante de un ideal hegemónico, proveedor y protector. En contraste, dichos personajes muestran un deseo de destrucción auspiciado por el contexto social y por la precariedad económica. La historia narra el asesinato de la Bruja, un personaje intrigante que en torno al cual giran el resto de las historias: la represión de Brando, el odio de Yesenia, la inocencia de Norma, la desfachatez de Luismi y, en especial para este ensayo, las contradicciones de Munra.

Las relaciones de odio-dependencia, el ambiente tórrido de la región tropical que habitan, hacen de los individuos que plagan las páginas de la novela, seres frustrados, entregados a las drogas y el placer, con anhelos y deseos de cambio que parecen nunca llegar (Melchor, 57). En La Matosa, pueblo donde suceden los acontecimientos, pareciera que no existe esperanza para quienes nacen en la marginación porque todos los caminos llevan a una misma salida donde la abyección y la violencia se hacen presentes.

2. ¿Patriarca o no?

¿Quién es Munra, el personaje que abordaremos a continuación? Su nombre puede remontarse varios años a la aparición de la novela. En la cultura popular existe un personaje derivado de la serie animada de

1985 Thundercats llamado Mumm-Ra, nombre que, a su vez, es una abreviación del hebreo Mummia-Raa, o Momia Mala. Dicho personaje se caracteriza no sólo por su papel de villano en la serie, sino también por sus rasgos físicos. La indumentaria es icónica para el imaginario de las infancias mexicanas que la vieron transmitida por la televisión abierta desde la aparición de la serie hasta mediados de la primera década del dos mil: un personaje azul pálido, cubierto por una capucha roja y por vendajes que cuelgan a su alrededor, avejentado por la edad. Su rostro se muestra cadavérico. Sus ojos parecen llamas carmesíes. Sus facciones recuerdan a los felinos. Su boca esconde dientes aserrados como los de un tiburón.

El nombre de este personaje, transcrito tal y como se pronuncia, comúnmente es utilizado en México como un apodo: El Munra. De ahí se intuye que deriva el nombre con el que se refieren a dicho personaje en Temporada de huracanes. No es, por tanto, su nombre propio. El verdadero permanece oculto al lector y en ningún momento es develado. En este sentido, no parece exageración pensar que ya en el nombre, en el primer rasgo identitario, legal e institucional, otorgado a los individuos, existe una negación, una sustitución, un intercambio sobre lo que el personaje representa: el nombre real no es necesario si se tiene un apodo inventado por la sociedad y que refiere a un antagonista decrepito.

En este punto se puede establecer una primera línea que va a unir a Munra con su condición marginada, fuera del centro. El personaje de animación al que su apodo hace referencia se encuentra en el mismo estado que el personaje del libro; ambos presentan en su cuerpo deformaciones que caracterizan a un ser enfermo. Mumm-Ra debe usar los poderes ancestrales a los que está sometido para regenerarse y conseguir un organismo más funcional; Munra, por otro lado, no tiene más que el alcohol y su camioneta, extensión que desde un punto de vista freudiano bien podría ser un complemento fálico a la pierna que no le funciona, para soslayar su propia insatisfacción ante el mundo. Yesenia, tía de Luismi, en el tercer capítulo lo caracteriza en pocas palabras: “un cojo bueno para nada, borracho mantenido” (Melchor, 52), esto da una idea de la visión que otros tienen de él, de su actuar en el espacio que habitan.

No es por tanto identificable su masculinidad con una hegemónica, en los términos que maneja Connell en su libro *Masculinidades*. La masculinidad hegemónica (108) está asociada a una serie de elementos de entre los que destaca el papel de protector, de guía, de suministrador que asume el individuo masculino, investido por la sociedad. Esta característica le crea la falsa ilusión de poseer el derecho para ejercer dominio o control sobre la familia. En una transacción económica de carácter atávico, se intercambian seguridades y necesidades básicas por el poder de mando. De esta imposición heteronormativa deriva el término patriarcal, en tanto que el hombre, en su carácter de proveedor y de protector, detenta el gobierno de la comunidad bajo imposiciones y restricciones reglamentarias. Sin embargo, el personaje de Munra, a pesar de ser una especie de padre, varón, heterosexual, para la familia compuesta por él, Chabela y Luismi, no cumple con las funciones que la sociedad determina. En consecuencia, cuando un individuo, en este caso el personaje, no está en condiciones de llenar el rol genérico que le ha sido impuesto, es situado por el medio en un lugar que lo estigmatiza como alguien incompleto o poco apto para su papel.

Desde la perspectiva de la teoría interseccional, cabe recordar lo escrito por LaBarbera sobre los múltiples rasgos que integran los mecanismos de privilegio y desventajas que aparecen en los individuos (67). No

sólo se limitan a aquellos que constituyen la, llamada por Butler, linealidad de género (sexo, sexualidad y género), sino también otros, como la raza, la condición económica, la edad, etcétera, los cuales permiten conocer de manera más precisa la posición de alguien en el mundo y el poder que ejerce sobre otros o que es ejercido sobre sí.

En este sentido, Munra se encuentra en una posición oprimida en tanto que posee una limitada capacidad de adquisición monetaria y presenta capacidades motoras diferentes que, a la vista de quienes lo rodean, lo hacen parecer incapaz de cumplir con su rol social de trabajador inscrito en el sistema capitalista de producción y de varón heterosexual padre de familia.

Su cuerpo, un cuerpo abyecto para el sistema, alejado de los estándares de belleza y productividad, es un cuerpo que padece las desventajas a las que son sometidos quienes se encuentran con limitaciones motoras o diversidad funcional. La masculinidad de Munra es fallida en tanto que no cumple con lo que la sociedad, incluyendo sus seres cercanos, como la misma Chabela, su pareja sentimental, o su hijo adoptivo, Luismi, esperan de él. Al respecto, cabe recordar lo dicho por Butler sobre la performatividad (17): existen determinadas características que preexisten al sujeto; este es investido con ellas por la sociedad; cuando no las cumple es llevado al margen y señalado. El menosprecio en torno a Munra se vuelve evidente sobre todo cuando Brando y Luismi le piden que los transporte en su camioneta hasta la casa de la Bruja para matarla. Los dos muchachos, conscientes de poder convencer y engañar a Munra para que los lleve, le ofrecen dinero a cambio de sus servicios como conductor. Munra, entonces, se vuelve poco menos que un vehículo, un sujeto de transacción que sólo sirve porque maneja la máquina, extensión de su cuerpo. El intercambio comercial no se da en igualdad de condiciones porque hay un menosprecio hacia su valía y sus capacidades cuando en secreto, poco antes de pedirle ayuda, se burlan de él. Su hombría, pues, queda cuestionada de manera implícita.

Sin embargo, esto no implica que el personaje se encuentre en total indefensión. Su identidad como varón, heterosexual, masculino, lo hace encontrarse en una posición privilegiada sobre otros individuos. Precisamente por su orientación, es interesante notar que, a diferencia de los otros personajes varones aquí analizados, los cuales tienen deseos distintos a la norma, Munra es el único que mantiene en su heterosexualidad férrea y juzga a los otros por sus conductas. En el modelo mediterráneo del sistema sexo/género propuesto por Gómez Suárez, dentro de su artículo publicado en 2010, Munra no estaría en consonancia del todo porque sus opiniones juzgan los comportamientos de los muchachos del pueblo. Además de que mantiene a lo largo de la novela sus deseos hacia Chabela. Su visión del mundo quizás esté más cercana a un sistema digital, binario, propio de la mentalidad católica o bio-médica (67). Al respecto de los deseos del personaje, Chabela afirma que permanece con él por su miembro viril y por la forma en la que tienen relaciones sexuales. No hay, pues, amor verdadero entre ambos, sino deseos y excitaciones. La creación de vínculos, debido a su situación marginada, se construye a partir de la inmediatez y no de la ternura o la empatía humana.

Por otro lado, y pese a sus privilegios como varón, el personaje de Munra es menospreciado por quienes lo rodean, y aunque intenta en más de una ocasión reclamar el poder, no lo consigue. A pesar de que Munra

va tras Chabela y la llama incansablemente a su teléfono, a pesar de que busca aconsejar a su hijastro, termina siempre desplazado y desoído. De esta manera, el personaje se convierte en alguien que carga con la frustración de no ser un hombre como el amante narco de Chabela pero que, al mismo tiempo, en tanto que es un macho, no acepta su condición y vive en una eterna negación de su naturaleza y de las acciones que realiza. Su misma condición física le provoca un rechazo por todo aquello que se lo recuerde:

A Munra no le gustaban las sillas [de ruedas], sentía que le hacían lucir como un pinche inválido, un ser decrepito que no podía ni moverse cuando en realidad Munra sí podía caminar bastante bien, incluso sin muletas, carajo, ni que le hiciera falta nada, si ahí estaban sus dos piernas enteras, una junto a la otra, la izquierda un poquitito más chueca nomás, ¿verdad? Un poquito más corta que la otra y como que metida para adentro pero bien viva, chingados, bien puesta y pegada a su cuerpo, ¿no? Él realmente no necesitaba ninguna silla de ruedas, ¿verdad? (Melchor, 73)

Su cuerpo se encuentra negado o, por lo menos, transformado en algo diferente de lo que ve el resto de las personas que lo rodean. No sólo Yesenia lo desprecia, también personajes como Brando, quien lo llama “El pendejo de Munra” (Melchor, 201); e incluso la misma Chabela, que lo emascula no tan sólo de manera simbólica: “ya para cuando el pinche Munra llegó a mi vida yo ya me las sabía de todas todas, y por eso fue que le dije que si quería estar conmigo a huevo tenía que cortarse la manguera de los huevos” (Melchor, 144); o lo considera alguien inferior: “no tienes madre ni dignidad ni tantita vergüenza, pinche perro, lo único que sabes es dar lastima” (Melchor, 74).

En este sentido, Munra es un personaje que se encuentra en manifiesta desventaja, en un estado de desigualdad debido a los diferentes aspectos interseccionales que confluyen en su identidad. Lo anterior configura los rasgos más sobresalientes de su masculinidad fallida, cuyas características más importantes son la imposibilidad de encajar en los parámetros de una masculinidad hegemónica, la frustración y la impotencia al no poder cumplir con dichos estándares y la respuesta violenta hacia el medio.

La identidad de Munra se encuentra fuera de la sociedad normativa, en los márgenes, sujeta a las dificultades que confluyen en el cuerpo del personaje. Todo ello deviene en un enfrentamiento contra el mundo a partir de la violencia, en una frustración creciente y en una indefensión a raíz de la imposibilidad de control sobre los demás y de llegar a consumir el ideal masculino. Esto quizás queda claro cuando decide buscar a Chabela en el lugar donde ella trabaja. La escena es digna de mencionar: conduce hasta el hotel *Paradiso* y hasta el bar *Excalibur* sólo para averiguar si afuera se encuentra la camioneta del amante de ella, un tal *Barrabás* que, según se deja entrever, es un narco. Munra no halla lo que espera, pero sabe que, de ser así, no hubiera podido hacer nada para demostrar su hombría y su dominio, porque utiliza muletas y *Barrabás* tiene consigo hombres armados. La situación en general limita sus opciones y contribuye a su condición marginada.

En contraste, es necesario también tomar en cuenta su situación económica, pues al no tener un ingreso monetario fijo, su poder adquisitivo se ve limitado y, en consecuencia, sus deseos de dominio también lo están. En este sentido es que existe una frustración múltiple. A pesar de que sus deseos intentan obtener el

dominio, sus desventajas corporales y monetarias se lo impiden. De esta manera, su rol queda cortado, sin posibilidad de concretarse, y deviene en fracaso, en menosprecio y en la sensación de inexistencia:

Tuvo un sueño que lo hizo despertar poco antes del amanecer, un sueño en donde él era un fantasma que caminaba por las calles del pueblo queriendo hablarle a la gente pero la gente no lo pelaba ni notaba su presencia porque no podían verlo, nadie podía verlo, era un fantasma y solo los niños chiquitos alcanzaban a verlo y cuando él les hablaba los niños lloraban espantados y Munra se ponía muy triste (Melchor, 81-82)

Sin embargo, como varón inserto en una sociedad machista, el personaje no está exento de presentar conductas asociadas a este fenómeno. En este tenor, si bien los mecanismos interseccionales de sumisión simbólica, política y estructural (LaBarbera, 112) lo afectan en tanto que sus características identitarias e individuales lo colocan en desventaja respecto a otros; su condición de varón, en cambio, le otorga poder sobre la existencia socialmente vejada de la mujer. Munra, entonces, se encuentra en el extremo opuesto del eje interseccional de género, es decir en el extremo masculino de dominación. Su machismo y, por consiguiente, su misoginia, se manifiestan sobre todo a la hora de revisar el capítulo IV, donde el narrador avec de la novela se instala al lado de este personaje y sigue poco a poco sus pensamientos y sus puntos de vista. Queda en evidencia también a la hora de abordar tres aspectos clave sobre su personalidad que desglosaremos a continuación: las opiniones que tiene sobre las mujeres, los consejos que le intenta brindar a Luismi y su necesidad frustrada de posesión sobre Chabela.

El machismo es un mecanismo de dominación inserto de manera estructural en la sociedad. Implica una performatividad del ser macho: la necesidad de presumir sus capacidades, su fuerza y su dominio sobre los otros y sobre sí mismo. Dice Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* que el macho muestra por ello una enorme reserva de sus opiniones, de sus recelos, en torno a los seres que lo rodean (32). Cuando por momentos consigue la empatía, romper un poco de la coraza que lo protege, de inmediato Munra vuelve tras su caparazón para desprenderse, no responsabilizarse, cambiar de tema o insultar. El machismo le impide al personaje expresar sus sentimientos al mismo tiempo que le provoca aversión hacia quienes le rodean. Estas características surgen debido a la frustración provocada por su incapacidad para ejercer dominio sobre los otros y por el lugar que ocupa en el universo familiar y social. En este sentido, su aversión, aunada a su misoginia, se convierte en un machismo sumamente violento: “Todas son iguales, cabrón; todas son igual de mañosas, capaces de las peores chingaderas nomás para tenerte a su lado” (Melchor, 79).

A lo largo de todo el capítulo en el que Munra tiene el protagonismo, este tipo de expresiones se repiten con frecuencia. Así piensa de Chabela, pero también de Norma, y hasta de las mujeres como colectividad. Si bien hay una marcada misoginia en otros personajes como Brando o la misma abuela de Luismi, que acusa y persigue todo el tiempo a sus hijas y, después, a sus nietas, es Munra el que externa en más ocasiones y de manera más reiterada este tipo de opiniones. Sobre todo, debido a la angustia que le genera la ausencia de Chabela. Angustia, por cierto, negada como la mayor parte de los otros sentimientos del personaje, el cual prefiere no hacerse responsable, mirar para otro lado y lavarse las manos, antes que intervenir en el mundo que le rodea. Frente a la muerte de la Bruja no busca detener a los muchachos y su actitud es de quien

prefiere no hacer nada. Frente a su adhesión, en determinado momento, a la campaña política de Pérez Prieto, decide ni siquiera votar. Frente a la ausencia de Chabela, no se atreve más que a llamarla o buscarla superficialmente. Frente a la pérdida de Luismi, no tiene más opción que deslindarse.

No obstante, y de forma contradictoria, puesto que es pareja sentimental de Chabela, asume en más de una ocasión un rol protector sobre Luismi. Intenta tomar el papel de un padrastro que siente algún resquicio de responsabilidad sobre el otro, al mismo tiempo que busca no acercarse lo demasiado como para influir en decisiones o sentimientos. Hay, pues, entre ambos una relación de amistad en la que Munra intenta asumir, de manera fallida, un papel de consejero y de patriarca. Su relación se encuentra caracterizada sobre todo porque este último funge como proveedor de Luismi: es quien le invita comida y alcohol y quien lo lleva a los bares, sí, para escuchar la información sobre el asunto de Norma, pero también como único acto de empatía. La vida de Munra se presenta llena de contradicciones, hecho que aparece de manera más explícita en su relación con Luismi, a quien intenta aconsejar y guiar: “a donde Munra lo llevó para invitarle una cerveza” (Melchor, 67), “vamos a curarnos la cruda, dijo Munra, encendiendo el motor, y el chamaco asintió, sin ni siquiera mirarlo” (Melchor, 69), “eres un pendejo cara de verga, cómo se te ocurre meterte con una chamaca de trece años” (Melchor, 71).

La ideología, los puntos de vista del personaje, surgen en sus opiniones y forman una personalidad que se cuestiona la diferencia entre lo bueno y lo malo, aunque no acciona ante lo que ocurre a su alrededor y siempre se deslinda de las posibles implicaciones morales de lo que ve: “Y Munra a veces tenía ganas de cachetearlo para hacerlo reaccionar pero sabía que no serviría de nada, que el pinche chamaco ya estaba bastante grande para saber lo que hacía, los pedos en los que se metía” (Melchor, 70). Por ello, no interviene cuando la Bruja es asesinada, porque entiende que su lugar no es el de ser un justiciero, sino el de alguien que procura no meterse en problemas; que no se inmuta ante la violencia del medio, pero tampoco quiere saber de ella: que, de manera indolente, prefiere mirar a otro lado y no darse por aludido, tal como inicia el capítulo IV: “La verdad, la verdad, la verdad, es que él no vio nada” (Melchor, 61). Lo cual, en resumidas cuentas, habla de un machismo irresponsable que menosprecia el valor de los otros a favor de un narcisismo engañoso.

3. Conclusiones

Munra presenta una masculinidad fallida en tanto que no cumple con los elementos estereotípicos que el medio le exige dentro del modelo de masculinidad hegemónica, en los términos de Connell. Dentro de su identidad confluyen varios ejes interseccionales, como la precariedad económica, que lo colocan en una posición de desventaja y marginalidad ante otros varones, como Barrabás, el supuesto amante de Chabela. Esto lo lleva a no asumir responsabilidades, al mismo tiempo que, de manera contradictoria, ayuda y provee de alimento a Luismi, su hijastro, cumpliendo un papel de padre que también se presenta como fallido o incompleto porque es desoído y utilizado por el otro para sus beneficios.

Su incompetencia no lo exime de ejercer mecanismos de dominación ni de emitir juicios de carácter misógino y machista. Esta representación de una masculinidad fallida, de un personaje impotente en más de

un sentido, redundando en un sujeto pasivo e indolente, en un patriarca que ha sido relegado de sus funciones y ahora cumple un papel de espectador, si bien no interviene físicamente, sí lo hace a partir de sus opiniones y consejos; un papel de alguien que mantiene una pulsión violenta en tanto que insulta y desea el control sobre Chabela pero, al mismo tiempo, está imposibilitado de llevarla a cabo debido principalmente a sus carencias económicas y físicas. Esto deviene en una frustración que solo consigue ser amainada o ensordecida por los efectos sedantes del alcohol.

Munra, pese a ser el mayor de los varones que protagonizan la novela –excepción hecha por la Bruja–, se encuentra atrapado por sus ideas y emociones contradictorias, por una performatividad que no se completa en consonancia con su género (Butler, 17) ni con el deber ser impuesto, pues su masculinidad no es hegemónica. Su falta de responsabilidad lo llevan a ser utilizado por Brando y Luismi como medio de transporte y a involucrarse en el crimen perpetrado contra la Bruja. Más allá de su culpabilidad, Munra representa como ningún otro en la novela la figura de un hombre que, pese a su afán de dominación, termina siendo dominado por sus miedos y frustraciones, lo cual hace de su masculinidad fallida un rasgo que lo conduce al fracaso y la incapacidad de cumplir sus funciones con el medio social y familiar.

En conclusión, podemos establecer tres formas de lo masculino fallido que confluyen en la expresión que Munra hace de su propia masculinidad y que se corresponden con imágenes o modelos estereotípicos del ser masculino, estos son: el de padre, el de pareja y el de hombre ante la sociedad. En cuanto al primer rasgo, Munra, siendo el padrastro de Luismi, busca en más de una ocasión asumir un rol de género que se corresponde con la relación que tiene con el muchacho. Sin embargo, debido a las limitaciones monetarias y físicas a las que está sujeto, hacerse cargo de su rol con plenitud le es imposible. El mismo caso ocurre cuando intenta ejercer mecanismos de dominación contra Chabela, la madre de Luismi, porque todos sus intentos son desatendidos y puestos a discusión. Por último, el tercer rasgo que lleva al personaje hacia una configuración fallida de identidad varonil es la segregación que la sociedad ejerce en él debido a las consecuencias de su accidente y de su precariedad económica. Así pues, ante estos tres elementos, los intentos de Munra por asumir una masculinidad hegemónica, dominante y machista, son siempre frustrados, ya sea en sus relaciones amorosas, paternas o sociales. Dicha tríada, en conjunto, constituye el rasgo particular de su masculinidad fallida y de su reacción violenta contra el mundo.

Bibliografía citada

Butler, Judith. *El género en disputa*. España: Paidós, 2007.

Connell, Raewyn. *Masculinidades*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

Gómez Suárez, Águeda. “Los sistemas sexo/género en distintas sociedades: modelos analógicos y digitales”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (110) 2010: 61-96. Web. 30 de marzo de 2022. <http://reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_130_03b1331888735499.pdf>

LaBarbera, María Caterina. “Interseccionalidad un ‘concepto viajero’: orígenes, desarrollo e implementación en la unión europea”. *Interdisciplina* (8) 2016: 105-122.

Melchor, Fernanda. *Temporada de huracanes*. México: Random House, 2017.

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950.